



REVISTA SEMANAL

DIRECTOR
D. MANUEL RECUERO

ADMINISTRADOR
JOSÉ HURTADO DE MENDOZA

LOS ARTISTAS



CARLOS VAZQUEZ Y ÚBEDA



LOS ESTRECHOS

—¡Otilia me ama, me ama, me...! ¡Me lo han dicho sus ojos, sus ojos, negros como la noche sin luna, grandes como las esperanzas de un cesante, es decir, como mis esperanzas...! Y yo también la amo. ¡Vaya si la amo! La quiero tanto que si la encuentro á tiro de simpleza ¡pum! ya la estoy diciendo la mar de barbaridades... Así ¡claro! ha comprendido esta pasión volcánica, este amor puro y tierno como la coliflor arropollada... y no ha podido por menos de hacerme una indicación, discreta como suya, pero indicación al fin—Edilberto—me ha dicho desde su balcón con voz de querube lactante—¡irá Ud. á la reunión de las de Capacete? ¡Como nó!—debi contestar yo—pero no sé si lo contesté, porque entre la emoción y un charco en que me introduje en aquel momento y la colilla que se me pegó á los labios, apenas si me dejaron pronunciar palabra. Mas, ¡que importa! la mejor contestación es concurrir á los salones (!) de doña Nicerata, para echar los estrechos, ¡oh, señora de Capacete y que estrechos serán para mí! Porque estoy decidido, me declaro ¡vaya si me declaro! y tras la declaración viene la contestación, y tras la contestación el estrecho lazo del matrimonio...

Preso en estrecho lazo
la codorniz sencilla...

¡Demonio, las nueve! ¡Y á todo esto, el lazo de la corbata sin hacer...! A ver, á ver... ¡Ajajá! ¡Que bien me ha salido...! Cualquiera diría que era un *plastrón* parisien... Ahora el hierro para el bigote... No puedo con esos hombres que llevan una punta mirando á la superficie y otra punta señalando al firmamento. ¡Córcholis! con

pocos botonazos como este me tuesto á la parrilla. ¡Vamos, no están así mucho mejor estos anzuelitos...! ¡Ay Otilia, Otilia! si esta noche no te pesco, mañana,

Y así diciendo acabó Edilberto su *toilette* y se lanzó á la calle meditando en su empresa amorosa y en las sinuosidades del pavimento.

Por fortuna para la integridad de su persona, la casa de D. Agatopio Capacete estaba en sitio céntrico y no tardó en cruzar el ancho portal alumbrado por un reverbero sistema japonés con gotas, que hizo pensar á Edilberto en lo crítico de su situación. Serenóse en tanto que se limpiaba las extremidades inferiores en un trozo de estera puesto *ad hoc*, y cual nuevo César enguantado, dejó atrás el Rubicón de la escalera.

Se oía el rumor indefinido de la juventud danzante y avanzó.

—¡Edilberto!—dijo D.^a Nicerata al verle aparecer en la sala—¡Cómo tan tarde, ingrátón! ¡No sabe Ud. la impaciencia con que se le esperaba! Agatopio, acerca una silla para este pollo. ¡Yo le ajustaré á Ud. las cuentas!

Y el joven buscaba con ojos inciertos y biselados, ora la silla, ora el objeto de su amor. Al fin divisó á éste en dulce coloquio con su primo, y se posesionó de aquélla.

—¿No puede saberse la causa de su retraso?—insistió la dueña de la casa con el tono más suave de su repertorio.

—Señora, como el sastre me ha dicho que este chaquet es para llevarlo abrochado con el botón de arriba solamente, y yo le temo mucho al frío, he querido abrigarme antes de salir de casa; por mi mala fortuna me he puesto una camiseta de lana que tiene los ojales grandes, y mientras he quitado unos alfileres á las camisas planchadas, he apuntado la camiseta, me he vestido y he puesto unas gotas de heliotropio en el pañuelo ha pasado el tiempo y...

—¿Qué Ud. no hace nada?—dice D. Agatopio interviniendo en la conversación.—Vamos, vamos déjale Nicerata me lo llevo al piano. ¡Este es un músico de *primo cartello*!

Al oír lo de primo, Edilberto se estremece y

mira á Otilia que sigue en su coloquio interesante.

—¡Hombre, no puedes dejar á nadie en paz!
—replica la esposa—Este joven me esta dando excusas de su tardanza.

—¿Y qué es ello? Mejor dicho ¿qué son ellas?
—Pues una camiseta de lana...

—¡Estrecha, verdad? ¡Uf! no se vista Ud. de lana, sale muy caro. Me compré unos calzoncillos el año pasado, y á la primera vez que los lavaron se redujeron de tal modo que se los dejé á Justinito, y á la segunda ¡oh!... á la segunda los he tenido que destinar á fundas de las navajas con que me afeito.

—¡Que estrechez!

—¡Horrible! Conque hágame Ud. el favor de sentarse al piano en tanto que Pelino acaba de hacer los *para-qués*, Marcionila hace los hombres y Nemesia las mujeres. Las chicas están impacientes por bailar; sobre todo Otilia que desea toque Ud. una polka.

Este último nombre produce en Edilberto el efecto de una chispa eléctrica en el occipital de un calvo, y se dirige al piano murmurando— ¡Dios mio, por qué no me habré dado más jabón en la mano izquierda!

Y el joven toca mientras los demás bailan y suda y suspira porque su adorado tormento es pareja constante de su primo y porque al oprimir un pedal se le ha desatado una de las cintas de los calzoncillos.

—¡Silencio, señores! ¡Ha llegado el momento!
—vocea D. Agatopio interrumpiendo el baile.— Se procede á la operación. En este sombrero están los hombres, en este las señoritas, y los *para-qués* en este azucarero. Vayan Uds. extrayendo. ¡Ah! esperarse... Advierto que si alguna de las señoritas aquí presentes *sale* con algún joven también presente, bailarán juntos la primera pieza.

¡Ea venga de ahí!

Van saliendo nombres de ellas y ellos comentados y reídos por los circunstantes y al fin Marcionila la niña mayor de Capacete lee—¡Otilia Morrongo!

—¡Edilberto Canseco!--traduce Nemesia en otra papeleta que parece escrita con el abecedario cucuiforme.

—¡Estaba de Dios!--murmura Canseco ebrio

de amor, en tanto que el primo consabido se ríe y D. Agatopio saca del azucarero esta significativa y hermosa quintiíla

Para que si como es casi seguro
mañana ú el otro se casan
no tengan ningún apuro
ni les falte una peseta ni un duro
ni dentro ni fuera de su casa.

—¡Es Ud. un poeta!--lice el Sr. de Capacete á Pelino.

Todo acaba en el mundo, y así una tras otra se acabaron las papeletas y se reanudó el baile.

—Canseco—decía Otilia al entonces felicísimo Edilberto, entre las raudas vueltas del wals—no sabe Ud. lo que me he alegrado de que venga ¡Se baila tan bien lo que Ud. toca!

—Ahora es ella—pensó el joven; y soltó su declaración breve y expresiva.

—¡Pero no sabe Ud. que tengo relaciones con mi primo!--contestó la niña de Morrongo. Y como la pareja se detuviera por la impresión de confidencias tan interesantes, las que seguían la apretaron sin miramiento alguno.

—¡Ay!--exclamó Edilberto, cayendo desfallecido sobre una bandeja de pastas conque á la sazón entraba doña Nicerata.

No era para menos aquella decepción y... aquel pinchazo, que le había causado un alfiler de la camiseta.

M. REQUERO.



LA FLORISTA

MONÓLOGO

«En los Madriles nací
sin saber como ni cuando,
y sola me fui criando,
sin que cuidasen de mí.
Me alojé, siendo pequeña,
en casa de una vecina,
pero me daba la indina
poco albergue y mucha leña.

A los seis años cabales,
ya *El Liberal* voceaba;
más lo dejé, pues sacaba
poco de los *liberales*.

Se prendó de mis ojillos
 uno de esos gaterillas
 que van cojiendo colillas
 y ascienden á monaguillos,
 y el chico y yo en un momento
 (con buen fin, por de contado)
 puémos con lo ganado
 un gr. n. establecimiento;
 mejor dicho, una banasta
 con abanicos, tortones,
 cerillas, cufas, botones
 y m. ñequitos de pasta.

Fuimos de mal en peor,
 me puse luego á coser,
 pasé de niña á mujer
 sacando salvo mi honor,
 y hoy que gano dos pesetas,
 vive, á pesar de mis cuitas,
 dichosa entre mis varitas
 de bardos y mis violetas.

¿Qué si se acuerda de mi
 aquél que monago fué?

De mis pesares le hablé
 un día, y al verme así
 me abandonó el muy bribón
 por una mujer cobarde,
 más fea que Calomarde
 euando tuvo el sarampión.

Lloré desde Enero á Mayo,
 y hoy vivo en'tre gente vil,
 dispuesta, como otras mil,
 á hacer de mi capa un sayo.

Al ver mis facciones bellas,
 me echan flores los señores.
 ¡Mire usted que echarle flores
 á quien se desprende de ellas!

Ser atenta es mi divisa,
 y á cada frase respondo
 con un suspiro muy hondo
 que acaba en una sourisa.
 Si soy guapa, la verdad,
 no lo sé, pues mi espejito
 me dice que mi palmito
 es una preciosidad;
 mas vivo tan escamada,
 que, como mi espejo es viejo,
 hasta dudo si el espejo
 me está dando la tostada.

De apetito no ando mal;
 mi nombre, Rosa Laguna;
 no tengo espina ninguna
 mas que la espina dorsal...
 Y, en fin, si quiere el lector
 ir á ponerse á mis pies,
 sepa que vivo en el tres

de la calle de la Flor.»

A ruego de la interesada y por gratitud
 á la misma.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



MEDICINA CASERA

Todos los vecinos del corredor fueron enterándose poco á poco de la novedad. La *señá* Braulia, que habitaba el cuarto, número 7, tenía el *hombre en cama*: la inquilina del número 6, fué la primera que supo el suceso. Entró á pedir á la *señá* Braulia un poco de vinagre y se encontró con el Sr. Francisco enfermo.

La esposa del paciente hizo el relato de lo sucedido. Nada señora—decía ella—que este condenado se empeña en andar sin capa; anoche, euando volví del trabajo, se metió en la taberna; al salir le cogió un aire ¡y claro! ahí tiene usted al hombre tirado en la cama como un terrón.

¡Si las tascas no dán de sí otra cosa!

—¿Ha llamado usted al médico?

Por supuesto. ¡Nó, que nó! He llamado á don Blas, el que vive en esta calle; hace mucho que nos visita y conoce nuestra naturaleza.

—Ya sabe usted *señá* Braulia si algo se necesita...

—Ni que decir tiene. ¡Hasta luego! Y la *señá* Braulia se metió en su cuarto á cuidar al señor Francisco, que estaba hundido en el pobre camastro lanzando gemidos débiles y entrecortados.

Después que el médico dispuso lo conveniente y se marchó, las vecinas rodearon á la *señá* Braulia, y allí, en un ángulo del corredor, entablaron viva polémica.

—¿Conque ha dicho D. Blás que una pulmonía, eh?

—Sí, señora; eso ha dicho.

—Entonces habrá mandado sangrarle.

¡Quia! Me ha dejado unas recetas ahí...

¡Buenos están los médicos! Lo que tiene el señor Francisco es un pasmo muy grande. Si le pasa igual á mi marido, ¿y sabe usted lo que yo hago? Pues le doy unas buenas friegas de aguardiente *alcunforao* y como mano de santo, señora.

—No, pasmo, no. Es un enfriamiento del *celebro*.

—Yo creo que su hombre de usted no tiene más que fuerza de sangre. El vinazo, el vinazo es el *causante*.



—Eso creo yo; una grande *enritación* y nada más.

Las mujeres defendían con vigor sus respectivas opiniones, y la *señá* Braulia las escuchaba como un oráculo. Al fin fueron concertando entre todas un diagnóstico. La *enritación* era la base de la dolencia sin duda; también el pasmo produjo sus efectos y algo había allí del *celebro*, como decían ellas. El viejo y respetable D. Blás quedó por los suelos toda su ciencia; y las nuevas doctoras, después de la consulta celebrada al aire libre, decidieron hacer trizas las recetas y aplicar al señor Francisco los remedios de su práctica exclusiva.

Enterado del caso, el médico se despidió del cliente para declinar responsabilidades, y fué sustituido por otros, los cuales tampoco lograron derrotar el criterio sublime del cóncelave femenino.

El corredor convirtiéndose en una especie de Montpellier. Las doctrinas menudeaban que era un encanto, las más sorprendentes y sublimes teorías se explicaban en aquel lugar, y el Sr. Francisco, picado de sanguijuelas, herido por las sangrías, continuaba quejándose en su revuelto lecho y caminando con prisa hacia la muerte.

—¡Vaya un reparito en el estómago! Y la *señá* Braulia colocaba al enfermo una cataplasma de bizcochos y vino blanco.

¡Lo bueno es machacar ajo y ponérselo en las plantas de los piés! Y el Sr. Francisco, sufría un rato el peor de aquella masa vexicante.

Una vieja que vivía en la misma casa, dispuso que el enfermo bebiese agua de Lourdes, y la bebió.

Allí se hacía todo lo que recetaba todo el mundo menos los doctores.

—Las cosas de botica son muy malas—exclamaba cierta sabia del corredor.

—¡No vé usted que las hacen con veneno!

—Abrasan el estómago los potingues—añadía otra compañera;—y todas iracundas, revolvíanse contra la medicina, en la cual no podían creer; ellas, que al verterse un tintero ó al hacerse añicos un cristal azogado, lloraban las desgracias que los tales desperfectos pronosticaban de un modo infalible.

Pero aún faltaba la última instancia en aquellas continuas apelaciones á la vulgaridad. Acudió á ver al enfermo el señor Matías que no era médico precisamente, pero sí muy *entendido* y aficionado á las curas.

Después del examen *clínico* ¡cómo meneaba la cabeza el buen Matías.

¡Malo, malo!—exclamaba;—todos los humores los tiene revueltos; y eso de los humores hay que verlo despacio.

—Los médicos no entienden de estas cosas, no quieren más que ganar *quita* sin saber lo que uno, y el señor Matías, echando atrás su sombrero y

levantando la cabeza con aire de vencedor, prosiguió su *añenga* ante las vecinas que le veían atónitas por el asombro.

Al señor Francisco se le revolviéron los humores, se le metieron en el pecho; el pecho se le ha cerrado y ¡eso es lo que tiene! Con qué claridad explicó el *aficionado* su *tésis*, y luego con qué aplomo ordenó se hiciese un cocimiento muy parecido en algunos ingredientes al famoso salúfero bálsamo que hizo echar al buen don Quijote hasta la primera papilla, según el donoso relato de Cervantes.

Pero todo inútil.

A los pocos días de enfermedad entraba el cura en la habitación de la *señá* Braulia, y ya no había cura posible para el señor Francisco.

Cuando enterrado el muerto, la *señá* Braulia con mantón y pañuelo negros, salió por vez primera á la calle, después del suceso triste, se iba parando de puerta en puerta para recibir el pésame de los conocidos á los cuales decía: ¡Ya ve usted; el primer médico equivocó la enfermedad y los otros la erraron también! ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia! Y luego ¡cuántos gastos! Sólo de visitas la cuenta asciende á un dínental!...

Y la viuda interrumpiendo su gimoteo añadió:

—¡Por supuesto que yo no pienso pagarla!

J. FRANCO RODRIGUEZ.



HUMORADAS



Busca en todo rivales tu mirada;
y recuerdan tus celos
un marino en el mar con sus gemelos,
que siempre está mirando y no vé nada.

La amo poco, es verdad. Mi alma rendida,
¿á quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de la vida.

Jamás mujer alguna
ha salido del todo de la cuna.

Recibe, hermosa Gloria,
este retrato mío.

Tu has dejado en mi vida una memoria
más blanca que la estela de un navío.

¿Qué placer hay tras el amor primero?
La devoción, que es nuestro amor postrero.

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
en parte terrenal y en parte santo:
lo que no sé expresar cuando te canto;
lo que yo sé sentir cuando te veo.

Al dar este abanico aire al semblante,
tal vez pueda temblar, Eugenia mía,
esa alma delirante
que no tuvo en la vida un solo amante
ni vivió sin amar un solo día.

CAMPOMOR.



DE NUESTROS CORRESPONSALES

Sr. Director de LA MANCHA ILUSTRADA

Distinguido compañero:

No sé á que es debida la carencia absoluta de cosas que contar á los lectores de LA MANCHA; indudablemente la causa es el excesivo frío. ¡Porque si Ud. sintiera el frío que hace en Madrid...!

Mucho frío, sí, señor. Tanto que el que más y el que menos se envuelve en lo que puede; el político, el empresario de teatros, el prestamista y el editor en su magnífico gaban de pieles; el chulo, el torero y el malleta en su bordada capa, es decir, estos no se envuelven, cuando más echan por encima del hombro izquierdo la punta del embozo, pero generalmente la llevan suelta, es preciso lucir el *torneado* cuerpo y si se embozan no se ve, pero en fin lo cierto es que desde el príncipe altivo hasta el ingenioso rata todos, sin distinción de sexos ni edades, aunque parezca extraño, buscan en el abrigo un consuelo más ó menos eficaz.

Hay también quien en medio de esta temperatura siberiana suda la gota gorda.

¡Ya lo creo!

Más de doscientos empleados, sobre cuyas cabezas se cieme el águila de la cesantía, andan estos días de un lado para otro sin dar tregua á los pies, y como el movimiento produce calor, de aquí que en algunas ocasiones llega á resbalarles por el rostro arroyos de

ese licor viscoso segregado por las glándulas sudoríferas.

Peró esto no es la regla general.

Además, el estado de estos infelices es un estado anormal y por tanto no se puede aceptar como principio la razón de que porque sude un aspirante á cesante ha de hacer buena temperatura.

Lo cierto es que, como digo, hace un frío que algunos se chupan los dedos de gusto, y los que no tienen esa costumbre ó vicio se meten las manos donde pueden para librarias de la maligna influencia que en ellas ejerce la temperatura del ambiente.

*
* *

La razón lírico-literario-social Sierra Mateos, en quien tantas esperanzas teníamos fundadas, dió anoche en el teatro de Jovellanos una nueva producción de su cosecha.

La Estudiantina es una zarzuela en tres actos que llena el objeto para que fué hecha.

Distraer y hacer reír: este era seguramente el objeto de E. Sierra y la verdad es que lo consiguió.

Desde las primeras escenas entraron en la obra los *morenos* y quisieron conocer, ó mejor dicho aplaudir, á los autores que con una modestia digna de encomio, no se presentaron á cosechar los lauros hasta el acto segundo.

El libro es entretenido, nada más abunda en chistes y tiene magnífica versificación ¡Como que es de Sierra!

La partitura vale, tiene una jota wagneriana que fué muy del agrado del público y en cuanto á la instrumentación, que es como si digéramos la sal y pimienta del guiso, está muy cuidada y terminada con primor. Especialmente el duo de tiple y tenor que tiene el acto primero es una filigrana, pudiéndose decir lo mismo ó más si se quiere del terceto del acto tercero.

En cuanto á la interpretación la Di Franco y Berges estuvieron monumentales y recibieron en unión de los autores continuas ovaciones en premio á su trabajo.

*
* *

Al mismo tiempo que esto ocurría en la *Zarzuela*, en el *Circo de Parish* daban á conocer la opereta *El Príncipe Alejandro* que no fué del agrado del público y eso que el gusto de ese público es bien fácil de satisfacer, pero cómo sería que no gustá—y conste que de este extremo hablo por referencias, pero para mí es una autoridad en la materia quien me las hace.

EL CORRESPONSAL.

Madrid, 5 Enero, 93.



LA CARICATURA

Es pintor de inspiración como tiene demostrado con un lienzo que han premiado en la última Exposición.

Que su *Recuerdo de Amor* encierra mucha belleza, mucha poesía, limpieza, buen dibujo y buen color.



EL MERCADO

PRECIOS CORRIENTES

Aceite.	10	ptas. arroba.
Alcohol, según clase y grados	15 á 20	» »
Azafrán.	25 á 26	» libra.
Aguardiente, según grados		
y anisado.	9 á 15	» arroba.
Cerdos.	13,50	» »
Cebada.	6	» fanega.
Candeal.	13	» »
Centeno.	8,50	» »
Vino tinto del 91.	3 á 3,75	» arroba.
» » » 92.	2,75	» »
» blanco.	2,50 á 2,75	» »
Vinagre.	2,75	» »



MOSTACILLA

Como quien mira al cielo,
Miro á tu cara,
Y se asoma á mis ojos
Por verte el alma;
Y cual luceros,
Alumbran mis amores,
Tus ojos negros.

No sé que será más grande
Si el cariño que te tengo
O el cariño de una madre.

Fija tu mirada en mí
Y no la quites por Dios,
Que tu mirada alimenta,
Y estoy enfermo de amor.

ENRIQUE PEÑASCO.



Como verán nuestros lectores, la cubierta de este número lleva la fecha del domingo anterior: esto demuestra que nosotros pensábamos publicarlo en aquel día, pero llegó el mismo y nos fué imposible por culpa del grabador que no mandó los clichés.

Confiamos, pues, en que han de dispensarnos esta falta.

Anteanoche en el expés llegó á ésta, procedente de Madrid, y ayer salió para Ciudad-Real, nuestro particular amigo y suscriptor D. Manuel Prieto y de la Torre.

Han visitado esta redacción nuestros queridos colegas *La Iberia*, de Madrid; *La Voz de Granada* y *El Campeón*, de Granada; *El Claro Oscuro*, de San Fernando; *La Justicia*, de Ronda; *La Avanzada*, de Lorca; *La Voz del Pueblo*, de Rondela; *Lo Teatro Catalá*, de Barcelona; y *Adel-fa*, de Soria.

Agra leemos la visita y dejamos establecido el cambio.

**

Damos las gracias que merecen á *El Manchego*, de Ciudad-Real, y *La Luz de Paradas* por las frases encomiásticas que dedican á LA MANCHA ILUSTRADA.

Tip. de José Hurtado de Mendoza

¡GUERRA AL FRIO!

Rajas de encina superior á 30 y 35 céntimos la arroba.

Calle Dormidas, núm. 1.

¿TENEIS...?

Agencia Literaria y Noticiera de la Prensa.

Director propietario: D. Federico C. de Navarrete.

Administrador: D. Manuel Peralta.
Oficinas: Aduana 21, 1.º—Madrid.

Esta acreditada Agencia, tan favorecida de la prensa de Madrid, provincias, Ultramar y extranjero, viene encargándose con gran actividad de todos los trabajos necesarios para la publicación, venta y suscripción de periódicos y de la representación y comisión de casas de comercio y de asuntos, tanto judiciales como administrativos, civiles y gubernativos que la confien.

Dirección telegráfica: Navarrete.—
Aduana 21, Madrid.



ESTUFAS BARATAS

NOTA DE PRECIOS

ESTUFA núm. 4 á 42 Reales UNA

Id. id. 5 á 50 id. id.

Id. id. 6 á 55 id. id.

Id. id. 8 á 70 id. id.

TUBERÍA con reborde 6 Reales METRO

Id. corta fuego 8 id. id.

CODOS rizados 4 id. UNO

VICENTE CORNEJO é HIJOS

(19, BUENSUCESO, 19)

Y ALDEPEÑAS

GRAN EXPOSICIÓN

DE ALMANAQUES

Puede verse todos los días de siete de la mañana á seis de la tarde,
en la imprenta de Mendoza, calle Real, número, 12.

ENTRADA GRATIS